

x-rite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

A-134212)

BIBLIOTECA DE EL SALDUBENSE.



EL HOMBRE CALVO.

Traducción del francés.

ZARAGOZA.

IMP. Y LIB. DE VICENTE ANDRÉS.
Cuchillería, núm 42.

1859.



M.C.D. 2022

BIBLIOTHECA

D. J. H.

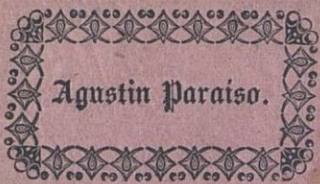
SALUDUBENSIS

NOVELLAS

A

1.342

M.C.D. 2022



Agustin Paraiso.

A-1.342

T 21942

C 11416344

Arca pta



M.C.D 2022

A-1342(2)

BIBLIOTECA DE EL SALDUBENSE.



EL HOMBRE CALVO.

Traducción del francés.

ZARAGOZA.

IMP. Y LIB. DE VICENTE ANDRÉS.
Cuchillería, núm 42.

1859.

EL HOMBRE CALVO

Traducción del francés

El hombre calvo es un ser humano que ha perdido su cabello por causas diversas. Este fenómeno puede ser el resultado de una enfermedad, de un trauma o simplemente de la vejez. La calvicie afecta a millones de personas en todo el mundo, independientemente de su edad o sexo. Aunque a menudo se trata de un problema estético, puede tener implicaciones psicológicas significativas. El hombre calvo puede sentirse inseguro o avergonzado, lo que puede afectar su vida social y profesional. Sin embargo, con el tiempo y el apoyo adecuado, muchos hombres calvos logran superar estas dificultades y encontrar su propia identidad y confianza.

DEL SEÑOR DE MONTAÑA

1880

EL HOMBRE CALVO.

I.
DEVANOS.

HAY á un lado y otro del célebre canal que pasa por Narbona dos hermosas calles de plátanos que forman el paseo y la delicia de esta ciudad, famosa por su miel y por sus mugeres. La alameda que forma á la orilla izquierda, llamada la alameda *De los suspiros*, estaba cubierta de paseantes. La orilla opuesta estaba completamente solitaria, á no ser por la presencia de dos hermanos, ambos clérigos que en ella se paseaban lentamente. El uno de ellos hablaba con muestras de admiracion, en tanto que el otro, sin alzar la cabeza, le escuchaba en silencio. El mes de mayo espiraba; el sol acababa de perderse en el horizonte; el cielo estaba puro: la atmósfera mitigada por la caída de la tarde y por los vapores del agua, que embalsamaban las emanaciones de los frutales y de los arbustos en flor, que crecen en los jardines inmediatos, infundia en los sentidos una languidez, un letargo inesplicable. Era cosa de tenderse en la yerba y de ponerse á mirar al cielo, sin pensar en nada, ó pensando en el amor; pero el deseo de hacerse ver, de hacerse oír, mo-

via y despertaba á los paseantes de la alameda *De los suspiros*. No era, sin embargo, allí donde se suspiraba, pues habia demasiada gente, y donde reinan pretensiones se calla el corazon.

Jorge C., el clérigo que, sin alzar la cabeza, escuchaba á su hermano, contestaba solo con frecuentes y profundos suspiros á sus repetidas preguntas. Mas, alzando de repente la cabeza, la vuelve en rededor de sí, coge entrambas manos de su hermano, y mirándole cara á cara, le dice:

— ¿Quieres saber la causa de esta tristeza que me devora y que me es imposible alejar de mí? ¿Podrás hallar tu remedio? ¿No he hecho yo cuanto estaba en mi poder para encontrarlo? ¿No he querido huir el aire de este pais que me han recomendado como muy sano y que me mata?

— ¿Cómo, un aire tan puro...?

— Un aire emponzoñado; un aire impregnado de su imagen, de su voz, de su aliento; pues dó quier la veo, la oigo, la respiro. ¡Una muger á quien amo.

— Sentémonos; habla, habla á tu hermano, á tu amigo. Desgraciado Jorge.

— ¡Desgraciado en verdad!

Jorge C. que ocupaba un destino anejo á la catedral de Tolosa, habia predicado algunos meses antes en la cuaresma, y sus sermones habian atraido muchisima gente y dádole una gran reputacion á diez leguas á la redonda. No se hablaba en las casas devotas mas que de las innumerables conversiones que habia obrado; y en las reuniones de letrados incrédulos no habia quien se atreviese á negar el prestigio de una elocuencia desconocida hasta entonces en el púlpito.

En efecto, Jorge C., que á una memoria prodigiosa reunia una grande inteligencia, habia usurpado á la literatura

contemporánea su giro osado y su brillante estilo. La elocuencia del púlpito había perdido en su boca la estrechez de sus preceptos y la sujecion de sus formas, conservando tan solo la riqueza de su fondo y la concision de sus textos. Era un padre de la iglesia, á cuya elocuencia abundante, pintoresca, variada, llena de imágenes, daba un nuevo realce la flexibilidad de su órgano y su accion imitativa; pero habiendo enfermado á fuerza de trabajo y de vigias, le habian mandado los médicos fuese á respirar el aire de Narbona, cerca de un hermano á quien amaba. Vino en efecto, y alborotó á Narbona con su llegada. Todo el mundo se preparaba ya á oirle, pues habia prometido predicar varios sermones antes de volverse á Tolosa.

El día en que por primera vez tomó asiento en el coro, habia sermon y era grande la concurrencia. En medio del mosaico, formado por tantas cabezas, notó el predicador una que no parecia prestar la menor atencion á la palabra de Dios. Esta cabeza, cubierta con un sombrero de terciopelo negro, era la de una jóven que, volviéndose amenudo hácia una columna, contra la cual estaban apoyados algunos jóvenes, cangeaba con ellos imperceptibles sonrisas.

Acabado que fué el sermon, Jorge C., que durante él no habia hecho mas que pasear involuntariamente su atencion desde el sombrero negro á la columna y desde la columna al sombrero negro, siguió con la vista, involuntariamente tambien, el sombrero negro.

— ¿Qué le ha parecido á V. el sermon? le dijo el cura saliéndole con él de la iglesia.

Jorge C., un poco cortado con esta pregunta:

— Necesitaria leerlo, dijo, para poder juzgar bien de él.

En este momento pasa por delante de él la jóven del sombrero negro, á quien daba el brazo un *jeune homme superbe*,

así se llama en el país á un hombre alto, fornido y colorado.

— Apuradilla se vería esa, dijo á Jorge el cura, si le preguntára su marido de que trataba el sermón.

— ¡ Con qué está casada ! preguntó Jorge.

— Con el que va con ella : buen sugeto , muy amable , y condecorado con la Legión de honor. Yo le aprecio mucho ; y á haberme creído , no se habría casado con esa muger. No es este decir , añadió el cura con una sonrisa y un gesto lleno de caritativa restriccion , que sea una muger mala , nada de eso ; pero es tan aturdida , tan casquivana... le han dicho tantas veces que era la muger mas hermosa del mundo , que no piensa mas que en ser mirada y admirada , lo propio que una chiquilla cuando estrena un vestido. Por lo demas , cumple esactamente con sus deberes religiosos : se confiesa regularmente todos los meses , y lo que es para una muger de su clase , comulga bastante á menudo. Es menester confesar que es una desgracia la hermosura.

Con esto daba á entender mucho mas de lo que decia el buen viejo , que en el fondo era buen hombre , pero un poco hablador , algo indiscreto y bastante murmurador.

El exterior de Teodosia era en efecto de una extraordinaria beldad. Habia en su fisonomía tres fisonomías ; tres clases de hermosura en su hermosura ; tres distintos climas habian derramado sobre ella los beneficios de su influencia física.

Era á la vez griega , alemana y española , y estos tres caracteres se confundian en ella con deliciosa armonía. En su ojo negro y rasgado brillaba la húmeda y penetrante mirada de una andaluza ; la regularidad y la nobleza de sus facciones la asemejaban á una griega ; y sobre este hermoso conjunto vagaban , cual ligero vapor , la celestial dulzura de la belleza alemana.

Sus propios hermanos necesitaban pensar en que lo eran para sofocar los deseos que en ellos despertaba su estrebada beldad. Las mugeres de Narbona todas confesaban á mas no poder que nada podia compararse á la hermosura de Teodosia; pero se desquitaban de esta confesion forzada, atacando vivamente los defectos de su alma y los caprichos de su carácter, cuya simple relacion podia en verdad satisfacer á la mas envidiosa, pues era imposible encontrar una muger mas aturdida, mas coqueta ni mas inconsecuente que Teodosia.

Una madre imprudente, deslumbrada por los cumplidos que á su hija se prodigaban, habia descuidado su educacion y llenado su corazon de ideas frívolas. Desde su mas tierna edad la engalanaba como un ídolo y la llevaba á todas partes; no habia funcion, baile ó concierto á que no asistiese Teodosia.

A diez años bailaba como un ángel, á los quince bailaba todavía mejor; dibujaba un poco, tocaba muy bien el piano, y escribia con la misma ortografía que el mariscal de Richelieu. Los jóvenes de la ciudad salian á las puertas y á las ventanas para verla pasar y

El guantero que vivia enfrente de las ventanas donde se solia poner á bordar, ganaba mucho dinero y decia que el amor es el Dios del comercio.

No le habia sucedido una sola vez alargar el brazo para recoger el billete que, soltado de una mirada suplicante le presentaba una mano trémula; pero; cuántas veces, en cambio, deseosa de leer lo que le escribian y de aparentar al mismo tiempo que no recibia cartas á sabiendas, habia vuelto la cabeza al ver llegar á un amante, que venia á echar furtivamente por entre los hierros de su reja un papelito, hecho ocho dobles en el canastillo de su labor! Este sistema

en el cual estaba cifrada toda la reserva de Teodosia, tenía además la ventaja de dejar ignorar al portador la suerte de su billete.

Los momentos más agradables de Teodosia eran aquellos en que, abriendo por la noche una cajita, cuya llave tenía siempre muy bien guardada, se ponía á leer y releer en la cama los innumerables billetes que en ella se encerraban.

Loca con estas monótonas lecturas, parecía que no había en Narbona jóven que no fuese digno de ocupar un puesto en la academia francesa. Sin embargo, lo que sucede siempre á las coquetas y á las mugeres demasiado acostumbradas á oír lisonjas, Teodosia no experimentaba mas que aquella exaltacion de cabeza, aquella ebullicion de corazon que no se fija en objeto alguno. Suspiraba á menudo; pero incapaz de aquella intuicion contemplativa que, aplicándose siempre al mismo objeto, la imprime profundamente en el alma y dá ser al amor, Teodosia suspiraba por todos sin suspirar por ninguno de sus amantes. Su mano, pedida por varios jóvenes, á todos les fué negada; pero sus padres, aunque ciegos sobre el mérito de su hija, no podian dejar de conocer su ligereza, y no querian darla sino á un hombre de talento y de juicio, como si otro que un mentecato pudiera jamás unirse á semejante muger.

Presentóse uno, hombre adocenado y rico, Julio M. buen mozo, por casualidad, que por casualidad sabia algo, condecorado, por casualidad, con la cruz de la Legion de honor, y heredero, tambien por casualidad, de un bufete de notario en Paris, de que debía ir á tomar posesion despues de seis meses de casado. Lleno de contento de haber triunfado de todos sus rivales, ufano con la posesion de una muger tan hermosa y á cien leguas de calcular los sinsaborés que podia acarrearle

su dicha: — Ahora que es mia, se decia, nada tengo que temer, nada me queda que desear.

¡Insensato!

Es admirable en verdad la imprevision de esa inmensa mayoría de hombres que han visto y que han leído mucho, y á quienes jamás se les viene la idea de que el *hoy* puede ser la víspera de una espantosa *mañana*; hombres que verán pasar diez veces en un día la caja de muerto sin hacer una vez siquiera la reflexion que pueden, que deben morir.

Qué importa á estos hombres que el año sea abundante en maridos engañados; ni que los engañados sean cabalmente aquellos que menos se lo figuraban: escúchanlo con sangre fria, cuéntanlo á sus mugeres y duermen tranquilamente por la noche dos pisos mas arriba ó mas abajo del aposento de sus castas esposas. No sé qué sordo amor propio les impide aplicarse á sí mismos las consideraciones generales. ¡Necedad! ¡Insensatez! Y, sin embargo, dulce seguridad, dichosa indiferencia, que vale tanto como la conviccion de saberlo todo, de preverlo todo, de no ser sorprendido por nada, y mas que el desgraciado privilegio de emponzoñar el presente con los temores del porvenir.

No dió su nuevo estado á Teodosia ni mas reserva ni mas gravedad. No recibia cartas, es cierto; pero las miradas, las declaraciones orales le gustaban tanto como antes, entretanto Julio nada veia, nada oia. Pasáronse seis meses y llegó por fin el dia de ponerse en camino para Paris.

La admirable en verdad la imprevision de esa intencionalidad de hombres que han visto y que han leído mucho y á quienes jamás se les viene la idea de que él hoy pueda ser la esposa de una española mexicana; hombres que ven pasar diez veces en un día la casa de muerto sin hacer una vez siquiera la reflexión de que deben morir.

— ¿Con qué la quieres? dijo Jorge C. á su hermano.
 — Sí la quiero; y la quiero con pasión! No figurándome la primera vez que la ví el peligro que corría, seguí mirándola todos los días durante la misa, los sermones y las conferencias. Un día llegó por fin en que conocí no deber hacerle; combati esta pasión por cuantos medios estaban á mi alcance; quise recoger mi espíritu por medio de la oración, no pude; quise abandonar el país; imposible. ¡Oh! es tan hermosa; hermosa como los ángeles; las abstracciones del cielo se han convertido para mí, desde que la conozco, en realidades palpables; he concebido un paraíso, lo he poblado de ángeles; y en los delirios de mi imaginación, me hace mi amor inmenso concebir la esperanza de poseer en el cielo á este ángel de hermosura que no puede ser mio sobre la tierra. Creerás que, temiendo que se hiciese indigna por una falta de la patria de los ángeles, ó que la vejez viniese un día á alterar su hermosura, he pensado un momento en darle muerte, para que así subiese bella y sin mancha á aguardarme en el cielo, á donde haría todos mis esfuerzos por ir la á buscar.

— Deliras, pobre Jorge.

— Mas desgraciado soy que el que delira, pues conozco que deliro. Una cosa, solo una, podria volver á mi alma la tranquilidad.

— ¿Qué? Habla.

— La certeza de que no será de otro mas que de su marido; pues la pureza de mi alma y la firmeza de mi voluntad me tranquilizan en cuanto á mí. Esto es lo que me hace esperar que Dios me perdonará un sentimiento de que no soy dueño, y que no puede menos de hacerme infeliz. Oh! si estuviese seguro de que mis consejos podrian alejarla del precipicio, la seguiria, con cualquier pretexto, por todas partes; me sacrificar a por su bien, seria hasta la muerte un muro indestructible ante ella y el vicio, y en seguida moriria contento.

Esto decia, cuando por el otro lado del canal, rodeada como siempre de un enjambre de adoradores, apareció Teodosia, cuyos cumplidos acogia con sumo agrado. Ni parecia su marido estar menos contento que ella.

— ¡Pobre Teodosia! exclamó Jorge C.; cuánto temo por ella la residencia en París! Un horrible presentimiento me atormenta, horrible mil veces mas que la muerte.

Dan las ocho; y Jorge C., que deseaba pasearse y meditar hasta las nueve, se separa de su hermano, que le anuncia podria curarle de tan fatal amor.

Solo ya, fijos los ojos en la alameda de los Suspiros, y siguiendo con ellos los pasos de Teodosia:

— ¡Dios mio! decia; tú conoces mi corazon y sabes si en él puede nacer un deseo culpable que no sea al punto reprimido; déjame mirarla aun; acaso es esta la última vez.

Llegó la noche, y Jorge se dirigió á paso lento hácia su casa, para lo cual era menester pasar por delante de la de Julio; en vano quiere dar un rodeo por no pasar por su

puerta, donde vé una silla de posta. Un momento despues vé un postillon que monta, y á la luz de un reverbero vé asomar por la portezuela la cabeza de una muger que con voz dulce dec'a el último agur á la multitud de parientes y amigos agrupados en torno.

El látigo cruge, los caballos parten, y un murmullo de los circunstantes se mezcla al redoble de las ruedas. Bien pronto no se oye ni uno ni otro.

— Se acabó; no la volveré á ver, dijo entonces Jorge dirigiéndose triste y abatido hácia su casa.

Acostóse; no cerró los ojos, y al amanecer estaba de pié; su fisonomía no era la misma.

— ¿ Se ha levantado ya mi hermano? dice á la criada

— Sí señor.

Con esto se puso á hacer su baul.

Dejémosle, y sigamos á Teodosia por el camino de Paris.

— ¡ Qué admirable ciudad que debe de ser Paris! ¿ no es verdad, querido mio? decia inclinándose sobre su marido, que estaba loco de contento con las caricias que creia que le prodigaba su muger. ¡ Qué edificios, qué paseos! Dicen que las mugeres son hermosas.

— ¡ Pues y los hombres! interrumpió Julio, ¡ qué hombres! lo escogido de la nacion.

— Sí; he oido decir que los oficiales de la guardia real son soberbios.

— ¡ Oh! cuando digo lo escogido, quiero decir los hombres de talento, los grandes escritores, los célebres artistas

— ¡ Qué ratos se debe pasar entre ellos!

— Muy buenos; ya verás, los reuniré á todos en casa para que los veas, para que te admiren.

— Mucho te quiero, Julio; ¡ qué dicha viajar solos como

viamos! ; Si vieras qué bien te sienta ese gorro griego!

Y Julio fingia dormirse pará que pudiese ella contemplar á su gusto el gorro que tan bien le sentaba. De la ficcion muchas veces pasaba á la realidad , y *ella* entonces , mirando á su marido se decia :

— Qué lástima que no tenga la frente menos hundida , la nariz mas corta , y un poco mas de finura en sus modales. Es menester que pierda la costumbre de tomar tabaco.

Y diciendo esto , limpiaba con una punta de su pañuelo la de la nariz de su marido.

— Lo mismo que el roncar : ; es de tan mal tono ! ; Dios mio , y qué ganas tengo de llegar á París !

Y formando castillos en el aire , se quedaba dormida para soñar con su querido Julio , que la conducirá al teatro , á las reuniones , á los bailes , que le comprará chales magníficos , vestidos asombrosos y diamantes de un precio no menos loco que su loca imaginacion.

En tanto que entregados al sueño pensaban el uno en su gloria y su fortuna , la otra en fiestas y placeres , el postillon soñaba , los caballos soñaban quizá tambien , cuando marido , muger , caballos y postillon , se despiertan bruscamente en un barranco : el postillon olvidando á su querida , los caballos no pensando mas que en la vuelta , Teodosia cayéndose de un palco y Julio del sillón del presidente de la cámara electiva.

Hay en la vida momentos en que reina la mas perfecta igualdad , no solo entre los hombres , sino entre todos los seres animales.

Estos momentos son aquellos en que amenaza la muerte , en que el hombre consentiria en ser caballo por tal de vivir : en que el caballo se resignaria acaso á ser hombre por tal de no morir.

Marido, muger, postillon y caballos se hallaban en uno de esos momentos.

Ocupados cada uno de sí propio, no empezaron á pensar en los demas hasta estar seguros de su propia conservacion. Por milagro nadie se hizo daño, si no es el único que no se podia quejar, el coche, cuya viga tronchada lo ponía en la completa imposibilidad de seguir adelante.

Los dos esposos, que tenían gran prisa en llegar á París, lo depositaron en la primera posada, donde aguardaron el paso de una diligencia en cuya berlina había afortunadamente dos asientos *desocupados*. ¡Qué dicha para Teodosia, cuyos gustos aristocráticos hubiera ofendido el tener que meterse con Dios sabe quien en el interior ó en la rotonda!

El conductor bajó, abrió la portezuela: Teodosia entró, saludó al desconocido, que no se movió de su esquina, el desconocido saludó; luego subió Julio; saludó al desconocido; le dió un pisoton; le lanzó un *V. perdons*; le volvieron un *no hay de que* y se colocó en medio, galantería de marido, que deja la esquina á su muger; prudencia de marido, que se pone por obstáculo entre ella y un hombre, y sobre todo un desconocido.

La emocion que acababan de experimentar había sido demasiado grande y estaba demasiado reciente para dejarles dormir.

Pusiéronse, pues á hablar; pero con circunspeccion, como se hace delante de un desconocido.

—Mucho siento haberme marchado de Narbona sin oír, ni aun ver, á ese famoso predicador, el padre Jorge C. Es mucho lo que me gustan los hombres extraordinarios.

—Yo tampoco le conozco, replicó el marido, pero tu hermano, que le ha visto en Tolosa y que ha comido con él, me ha dicho que su conversacion, cuando se anima, tiene

un encanto irresistible. A ser seglar y á tejer un poco de ambicion, es hombre que haria carrera.

— ¿Qué tal es de cara?

— No sé, respondió Julio, en tanto que el desconocido se envolvía en un pañuelo de seda el cuello y la parte inferior de la cara; y que atando las dos puntas de otro sobre su cabeza, se encasquetaba hasta los ojos una gorra con una gran visera.

Es que iba haciendo fresco.

Al amanecer, cuando llegó á Limoges la diligencia, se encajó el desconocido un par de antifaces verdes.

— Nuestro hombre se cuida, dijo Julio á Teodosia; la luz le hace daño.

— Sin duda está enfermo, replicó ella mirando al desconocido, que estaba impasible en su rincón.

Al poco rato bajaron los dos esposos para tomar algo e inscribirse al mismo tiempo en la hoja del conductor; pero por desgracia una persona de Limoges habia tomado, hacia dos dias, un asiento de berlina, lo que ponía á Julio en la triste necesidad de dejar á su muger entre dos hombres y de ir á engarbitarse en la imperial al lado del conductor. Sentíalo no por celos; pues malditos los que tenia de su muger; mas, gustaba de su compañía, y estaba persuadido de que nadie en el mundo podia cuidarla como él.

El capitán de artillería que habia tomado el asiento, habia lanzado varias miradas á Teodosia, y aun figurábase que no habian dejado de hacer alguna impresion. Tal vez era amor propio; lo cierto es que en vano daba vueltas el pobre marido diciendo.

— ¡Jesus, qué fastidio! Querida, tenemos que separarnos. Si fuera posible... si en el interior... si hubiera alguno ¡Válgama Dios!

El capitán, que á lo que parece no entendia de indirectas, se retorcia entre tanto los bigotes, y se arreglaba la gorra de cuartel que coronaba su bella y varonil cabeza de veinte y seis años.

El desconocido de los pañuelos y de los antifaces lo habia oido todo, sin moverse ni chistar; pero cuando vió entrar al capitán, á quien no habia mirado todavia, se volvió hácia el marido y le dijo:

— Tome V. mi asiento.

Y diciendo esto, se salió del coche.

Teodosia subió á él en tanto que el hipócrita marido, ayudando al desconocido á trepar en la imperial, le decia:

— ¡ Jesus; cuánto siento que tenga V. la bondad...!

El capitán, sonriéndose sin demasiada indiscrecion, se deshacia en excusas con Teodosia, diciéndole que si no habia cedido el asiento á su marido, era porque daba demasiada importancia á un puesto que todo el mundo debia envidiarle, y al cual por nada de este mundo consentiria en renunciar.

— Este es sin duda un capitán de la guardia real, dijo entre sí Teodosia poniéndose un poco colorada.

Así era la verdad.

Quando el desconocido se hubo colocado en el cabriolé, subió Julio dando, segun su costumbre, un pisoton al capitán; tanto fué, sin embargo, lo amable y lo atento que estuvo este, que á la primera parada eran los tres viageros de la berlina, los tres mayores amigos del mundo.

Quando habia cuestras que subir, apeábanse todos los viageros para desentumirse un poco, escepto el desconocido, el cual se alejaba y se iba solo, cosa que no habia hecho hasta entonces y que sentian los viageros á quienes habia encantado con su conversacion.

De tiempo en tiempo, al trasluz de sus pañuelos y de sus antiparras, miraba á Teodosia y á sus dos interlocutores.

—¿Por qué se alejaba así desde la venida del capitán? se preguntaban los otros viajeros, perdiéndose en conjeturas.

Después de haber subido á pié una larga y penosa cuesta, entraron en el coche todos á escepcion del desconocido, que habiéndose adelantado un poco, se hallaba á algunas varas de allí.

En esto viene á caer delante de la diligencia un árbol tronchado por la fuerza del viento. Espántanse los caballos, y azorados echan á correr; el conductor quiere detenerlos, mas sus esfuerzos son vanos.

El desconocido, que durante todo el tiempo habia seguido la diligencia, vé de repente abrirse una portezuela de la berlina, y á Teodosia, que queriendo arrojarle por ella, se habia enganchado el vestido y quedado colgada de él y del brazo, que tenian el capitán y su marido, entre la rueda y la portezuela.

En esta posicion, iba inevitablemente á perecer, cuando el desconocido, acercándose, la coge entre sus brazos, y sintiéndose arrastrado, la arroja algunos pasos fuera de la línea del coche; cae, y la rueda pasa á una pulgada de su cuerpo: al instante se detuvieron los caballos y se apearon los viajeros.

Vuelta del susto, se fué Teodosia en busca del desconocido, que se sustrajo á las muestras de agradecimiento y de admiracion de todos, subiendo en seguida al cabriolé como si nada hubiera sucedido.

Pocas horas después, entró la diligencia en el patio de las Mensajerías de la calle de San Honorato, donde en vano

hicieron Teodosia y Julio al desconocido todas las instancias imaginables porque les dijera donde vivia. El desconocido les prometió que les iria á ver ; Julio le dió las señas de su casa , dióselas así mismo al capitán , el cual le aseguró que no dejaria de aprovechar de cuando en cuando de su amable ofrecimiento.

Con esto se separaron.



III.

EL CAPITAN.

Los dos esposos tomaron un coche y se dirigieron á la calle de la **Chausée d'Antin**, donde estaba preparado un magnífico hotel. Un bonito pabellon de cutí ruso, rodeado de franjas encarnadas, daba entrada á la escalera que cubria una rica alfombra. Todas las habitaciones estaban adornadas con un lujo verdaderamente asiático.

Julio tenia **40,000 francos** de renta y el bufete que heredaba, que producía **otro tanto** en manos inhábiles y negligentes, debía producir un **tercio** mas en las suyas. Veíase pues, con **100,000 francos anuales**, amen de una magnífica casa que poseía en Marsella.

— ¡Qué feliz soy, querido mio! le decía Teodosia, cogiéndole las manos y mirando, no á él, sino los magníficos candelabros, los cuadros y los muebles que adornaban los salones. ¡Qué feliz soy de tener un marido como tú! ¡Qué desgracia que se rompiera la **carretela** en que tan bien estábamos solitos! Contigo un **desierto**, añadió dejándose caer de exceso de gozo sobre un **canapé** de esquisita tela. No es esto decir que no haya estado muy amable ese capitán; pero la soledad es tan grata á dos corazones unidos por la sim-

patía! ¿No es verdad? ¿Quieres, querido mío, que vayamos pasado mañana, añadió recorriendo un periódico, á ver un ejercicio que anuncian debe haber en el poligono de Vincennes?

— ¿A qué hora?

— Por la mañana á las cinco.

— ¿A las cinco? Es demasiado temprano, querida, para ti sobre todo, despues de un viage tan largo.

— En compañía de mi Julio, nada hay que me canse; con eso veremos de paso el castillo y el bosque, de que me ha hablado el capitán; además, es menester aprovechar el tiempo para verlo todo en estos dias, pues no pienso, como quien dice, poner el pié en la calle en cuanto tus ocupaciones no te permitan venir conmigo.

— Sí, vida mia, contestó el marido: si que iremos.

Una elegante carretela los condujo en efecto al Poligono. Teodosia iba en un *negligé*, que si no aumentaba su hermosura, tampoco perjudicaba á su gracia. Las cintas, la gasa y los encages, agitados por el viento, jugaban con su garganta. Cierta animacion causada por la fatiga del viage, daba á su mirada mas fuego todavia que el que en ella reinaba por lo regular. Era cosa de ponerse de rodillas á su paso y entregarle un memorial para Dios, sin pensar en que las ruedas del coche podrian pasar por encima de uno.

En el espacio que se estiende delante del castillo, por la parte del bosque, se descubrian de trecho en trecho grupos de artilleros, cañones y obuses diseminados por el campo, á guisa de camelias blancas y encarnadas esparcidas en un inmenso jardin. El primer oficial con quien toparon Julio y su esposa, fué el capitán, su amable compañero de viage: ¡Qué casualidad!

El capitán los saludó profundamente, y despues de ha-

ber preguntado á Teodosia si habia descansado de su viage, se escusó lo mejor que pudo de no haber ido á ponerse á sus pies, por haberle detenido todo el tiempo en Vincennes el servicio militar.

— Muy cansado debe V. estar, dijo Teodosia.

— V. olvida, señora, que he tenido el honor de viajar con V.

— ¡ Oh ! caballero, ¡ oh ! caballero, repitió Julio haciendo eco.

— ¿ Y qué feliz casualidad ha traído á ustedes por estos sitios ?

— No es lo que nos ha conducido una casualidad, interrumpió Julio, en tanto que su muger, volviéndose, sacaba del ridículo un pañuelo para sonarse; no es casualidad, sino el deseo que tenia Teodosia de ver una cosa... de que V. le habia hablado tanto.

— Y que ciertamente vale la pena, dijo ella esponjándose con el pañuelo su linda nariz, que no lo necesitaba.

El ejercicio empezó; el capitan mandaba, y en tanto que se ejecutaban sus órdenes, esplicaba el objeto de ellas á los dos esposos. Lo que le admiró fué que Teodosia oia sin pestañear sus cañonazos y sus interminables cumplidos.

— ¡ Qué bien criados están los oficiales de la guardia ! dijo á su marido cuando el capitan se separó de ellos para ir á regañar á unos soldados. ¡ Tienen un tono !

— ¡ Adios, mi notario ! dijo aparte un viejo capitan, que estaba fumando su pipa en medio de un corro de oficiales, reunido no léjos de ella y con el objeto de verla.

A algunos pasos de este grupo, que se disipó á la llegada de unas baterías, se hallaba un hombre de unos treinta á treinta y un años, con una levita negra, abrochada, unos pantalanes de alepin, unas botas elegantes, una corbata de

tafetán negro, que hacía resaltar la blancura ó mas bien la palidez de su rostro, en que brillaban dos ojos negros, vivos y penetrantes. su nariz era regular, su boca regular, poco pelo y muy corto sobre las sienes; nada de patillas; ninguno sobre el cráneo; calvo en una palabra.

Este hombre, que habria tenido un gran mérito á los ojos de una muger un poco artista, era nulo á los de una provinciana. Así es que Teodosia no reparó en él, sino porque vió que él la reparaba, y quizá tambien porque este hombre era en aquel momento el único que estuviere á tiro de su coquetería; despues de haber tomado, una tras de otra, todas las posturas imaginables para hacerse ver, miró, remiró, se sacudió el polvo del vestido para enseñar el pié, y se quitó el chal para enseñar el cuerpo, diciendo á su marido:

— Empieza ya á hacer calor.

Vuelve en esto el capitán, y con su venida se acaban las miradas al hombre calvo, que poco á poco se habia ido acercando y estaba ya á dos pasos de ella. Aunque ocupado al parecer en seguir las parábolas descritas por los obuses, un ojo perspicaz habria podido notar que este hombre escuchaba mas que miraba.

Al acabarse el ejercicio, se llegó un teniente al capitán y le preguntó si comeria con sus compañeros.

— No, respondió el capitán; tengo que hacer á las cinco en el *boulevard de los Italianos*, y me quedaré á comer por allí en algun *restaurant*.

— En este caso, si V. no tiene inconveniente en hacer penitencia con nosotros, le dijo Julio; *Chausée d' Antin*, ya V. sabe... á dos pasos del *boulevard*.

El capitán se hizo de rogar; pero aceptó, y ofreció en cambio un palco en el teatro Francés, que le acababa de ce-

der para aquella noche uno de sus compañeros. Aceptaron, y se separaron.

No hay palabras con que explicar lo amable, lo alegre que estuvo Teodosia todo el tiempo que duró la vuelta; daba palmaditas á su marido, acariciábale, mirábale á cada instante con aire de candor, inclinaba el cuello sobre su espalda, jugaba como un niño, sin hablar, por supuesto, una palabra del capitán, ¡para que se vea qué olvidadizas son las mujeres!

Las cinco daban cuando entró el capitán, y diez minutos después los tres amigos se hallaban sentados á la mesa.

Teodosia estaba vestida como para una audiencia de corte. Careciendo todavía de aquel tacto, de aquella delicadeza de gusto, que hace apropiar un vestido á las circunstancias, Teodosia era capaz de irse á la cama con un vestido de seda y con un gorro de plumas. Añádase á esto que era viva, aturdida, caprichosa, y tan jóven, que apenas contaba veinte años.

Durante toda la comida dió reiteradas pruebas de admirable ingenuidad, y se mostró, en una palabra, la tonta mas encantadora del universo.

— ¿Saben Vds., decia, que debo mucho á ese desconocido de la berlina? Como que me ha salvado la vida.

— Todos le debemos infinito, respondió el capitán, acompañando su respuesta de una ligera sonrisa á Julio.

— V. es muy amable, dijo este mirando á su plato.

— Los viajeros decian, añadió Teodosia, que ese hombre evitaba á V. ¿Acaso ha tenido con V. algun desafío, y le teme?

— En mi vida me he batido mas que con dos personas, á quienes no creo volver á encontrar.

— ¿Por qué, pues?

— Porque he tenido, señora, la desgracia de matarlas.

— ¿Cómo? ¡V. ha matado á dos hombres! ¡Qué horror! exclamó Teodosia á quien parecia en este momento el capitán cien veces mejor mozo que antes.

Una hora despues, se hallaban Teodosia, Julio y el capitán en un palco del teatro Francés, que era el punto de mira de todos los anteojos del teatro.

El capitán estaba mas ufano que si fuera Teodosia su muger; Julio como si fuera su novia; Teodosia como si la belleza fuera obra suya.

Descórrese el telon, y despues de algunos *chit y sentarse*, se dá principio á la pieza.

— ¡Jesus, qué arrogante mozo! exclamó Teodosia haciendo notar á Julio un imberbe primer galán. ¡Qué trage tan rico! Todo ese oro que lleva encima es sin duda falso.

— Lo mismo que lo que habla, añadió el capitán.

Dábase aquella noche una tragedia clásica de no sé quien y estaba lleno el teatro.

Julio, muerto de calor, salió un instante á respirar, pero no quiso que saliese con él su muger, por no privarla de una magnífica peripecia que iba á haber, á lo que decian. Era una escena de amor.

— ¡Qué infame cómico! decia el capitán; todo eso es cháchara y nada mas. ¿Se espresa por ventura así el amor? Ese hombre no ha amado jamás, y ¿cómo espresar bien lo que jamás se ha sentido? Yo no soy cómico, pero si tuviera que decir esa relacion, que aprendí en el colegio, creo, sin vanidad, que la diria mejor que él.

— Segun eso, señor capitán, ¿parece que V. ha amado?

— Ponga V. en presente, señora, lo que pone en pasado, y conocerá el estado de mi corazón.

— ¿Y hace mucho tiempo que ama V.?

— Mi enfermedad viene de Limoges.

— Entonces, ¿por qué se ha marchado V. de aquella ciudad...?

— La que amo no está ya allí.

— Veamos; dígame V. esos versos mientras dura el entre acto.

El capitán empezó su relación, sin quitar sus ojos de los de Teodosia; estuvo patético, y dió, aunque en voz baja, tal espresion al galimatías de la tragedia, que Teodosia, oyendo abrir la puerta, le dijo bruscamente:

— Basta; mi marido llega.

— Mia es, se dijo el capitán.

— ¿Qué tal, amigo mio? dijo Teodosia, volviéndose hácia la puerta; hace mas fresco por ahí... Perdón V., caballero; creí que era...

El hombre calvo, que se habia proporcionado un billete del palco, entrando en este momento en él, saluda con gravedad, mira por encima al capitán, siéntase, deja su sombrero y se pone á mirar hácia el teatro.

Un momento despues, entra Julio, dá un pisoton al hombre calvo; le pide perdon; Teodosia le dice *torpe*, y el hombre calvo dice á Teodosia:

— No es nada, acompañando estas palabras de una inefable sonrisa llena de tristeza y de bondad.

— Este hombre tiene trazas de padecer, se dijo entre sí Teodosia.

El capitán no volvió la cabeza para mirarle.

Acabóse la función, y Julio que tenía prisa de enseñar á su muger cuanto habia que ver, quiso entrar á tomar un helado en el brillante café del *Palacio Real*. No bien se habian sentado en triángulo al rededor de una mesa redonda, entra el hombre calvo y se coloca en un rincón. Teodosia le

vé entrar y, contra la observacion general, observa que no es raro que la casualidad haga que se encuentre uno en París con las mismas personas varias veces en un dia.

— ¿Irá V. este verano al campo? preguntaba el capitán á Teodosia, en tanto que se acercaba Julio al mostrador para pagar.

— No tenemos casa.

— ¿Qué le hace? Diga V. á su esposo que le compre una á las puertas de París. En Saint Mandé, por ejemplo, un lugarcito precioso á dos pasos del bosque de Vincennes, habitado por gentes *comme il faut*, y donde hay todos los domingos un magnífico baile y una reunion escogida. ¿Le gusta á V. el baile?

— Me muero por bailar.

— Si V. me lo permite, tendré la honra de bailar con V. alguna vez.

— Hablaré con mi marido; pero aquí llega; silencio.

Iba Julio ufano, contento y satisfecho, no de otro modo que si hubiera hecho él mismo el café, los sorbetes, los espejos y aun el rico uniforme del capitán.

A poco se despide este y entran Teodosia y su marido en el coche que debia conducirlos á la *Chausée d' Antin*. En el camino, á la luz de los faroles de una tienda, vé Teodosia por cuarta vez al hombre calvo, imágen fugitiva que á cada instante desaparecia ante la imágen del capitán.

Cuando volvieron á su casa, trajo la doncella á Teodosia un pañuelo de seda que habia encontrado el cochero en la carretela. Teodosia examinó el pañuelo, se lo enseñó á Julio: no era ni del uno ni del otro.

— ¡Ah! exclamó Teodosia, creo acordarme haber visto este pañuelo al cuello del generoso desconocido á quien debo la vida. Pero ¿cómo puede hallarse este pañuelo en la car-

tela? Esto fué para ellos un enigma indescifrable. Lo cierto es que Teodosia guardó el pañuelo como se guarda una memoria.

En estas idas y venidas, en estos paseos, en estas visitas hechas á las cosas mas curiosas de París, se pasaron varios dias; pero ni uno solo sin que se apareciese mas de una vez á Teodosia el hombre calvo, con su semblante pálido, con su mirada llena de tristeza al par que de inspiracion.

— Esto es demasiado repetido para ser simplemente efecto de la casualidad, se decia Teodosia.

Lo que no era menos extraño era el silencio de Teodosia para con su marido sobre este asunto. No sé qué instinto de su corazon le decia que guardase para ella sola la idea de esta singular aparicion.

Por otra parte, nada en la conducta del hombre calvo habia que pudiese dejar creer que estos encuentros fuesen premeditados; pues muchas veces pasaba al lado ó delante de Teodosia sin siquiera mirarla. Como quiera que sea, Hortensia se ocupaba del hombre calvo; mas solamente en el momento de su aparicion.



IV.

UN BAILE Y SUS CONSECUENCIAS.

Diez días hacia que estaban en París los dos esposos, cuando entrando un día en un coche que tomó Julio, para dar, como decía él, un paseo al acaso, llegaron después de algunas vueltas á una linda alameda rodeada de casas: allí hizo Julio parar, y cogiendo á Teodosia de la mano, la condujo á una casita muy linda, detrás de la cual había un jardín muy lindo también.

— ¿De quién es esta casa? dijo Teodosia.

— Tuya, querida mía, contestó Julio; esta es tu sala, este tu gabinete, esta tu alcoba.

— Y los muebles, ¡Jesus qué lindos! Es una taza de plata, dijo Teodosia; y ese lugarcito, ¿cómo se llama?

— Saint Mandé.

— ¿Y ese castillo que se vé ahí?

— Vincennes.

Teodosia dió á su marido un millón de gracias y un abrazo muy apretado.

— Aquí, dijo Julio, pasarás agradablemente los veranos, en tanto que yo me ocupo de ganar dinero para tus placeres y tu felicidad. Yo vendré á dormir aquí todos los domingos y á comer alguna que otra vez entre semana. Adios, vida

mia ; diviértete mucho ; te dejo con tu prima , cuyo cuarto está tambien corriente ; mañana enviaré á Vds. de París un piano y libros.

— ; Cómo me quiere ese bueno de Julio ! dijo Teodosia á su prima cuando hubieron perdido de vista á su marido... ¡ Oh ! á propósito , prima ; es menester que nos coliguemos para quitarle esa costumbre de tomar tabaco y hacerle que se ponga derecho.

La prima prometió ser de la liga.

— ¡ Pero qué ! ¿ Seria por ventura otra vez el hombre calvo ? dijo Teodosia al ver á un hombre que , leyendo y con el sombrero en la mano , se paseaba á unos cien pasos de ella.

Este hombre era en efecto el hombre calvo.

— Mucho me gusta esa cabeza , dijo la prima ; hay en ella mucha dignidad ; y un aire tan contemplativo... ! Apostaria que ese hombre no es un hombre vulgar.

— Sí ; pero es lástima que sea calvo , dijo Teodosia ; acaso es algun autor , algun sabio ; pero en estos tiempos , hija mia , y con nuestros gustos , valen mas los hombres amables que los sabios... ¡ Es singular ! añadió mentalmente , que me he de encontrar á ese hombre por todas partes.

Durante todo el día siguiente , que fué domingo , no se habló mas que de un baile que debia haber por la tarde en la Tourelle , punto de reunion de los oficiales de la guarnicion de Vincennes ; baile decente , en que bailaban los niños revueltos con sus madres.

Al concluir de tocar la orquesta la primera contradanza , se oyó de pronto un murmullo , que dió margen á una especie de movimiento general. De este murmullo y de este movimiento era causa Teodosia que acababa de entrar del brazo con su marido el cual , hueco como un millonario , y ufano de que mirasen á su muger , pegó cinco ó seis docenas

de pisotones á los infelices con quienes topó. Todo el mundo admiró á Teodosia ; los bailarines destrozaron las figuras y los músicos desafinaron ; ¡ cosa que parece imposible ! todavía mas de lo regular.

Un momento despues de esta conmocion general , y así que se hubo sentado Teodosia , se acercó á ella un capitán de artillería y la saludó cortesmente , alargando la mano á Julio.

Mordióse los labios al verlo un jóven de grande estatura , rubio , blanco y colorado , el pasante de Julio , en fin , que no léjos de allí se hallaba en aquel momento.

Al mismo tiempo que este , hizo un gesto otro jóven , alto ; tambien , con modales de artista , que sin mas objeto que el de lucir un diamante que llevaba al dedo , paseaba un elegante lente por las cabezas de las hermosas de la reunion. Era este el cómico á quien vió Teodosia en el teatro Francés y á quien tuvo la imprudencia de mirar esclusivamente entre los demas personajes de la escena.

El cómico tomó informes , siguió á Teodosia la pista , y llegó á saber , con gran satisfaccion suya , que pasaba el verano en Saint Mandé , donde tenia él un cuartito de estudio , adornado con un espejo de cuerpo entero , delante del cual ensayaba sus gestos , sus ademanes y sus posturas.

El capitán , el pasante y el cómico eran de aquellos hombres frívolos , que , sintiendo poco , pensando menos y deseando mucho , son terribles por ignorancia de los resultados mas bien que por maldad : tal era , pues , el triunvirato que se aprestaba á apoderarse del corazon de Teodosia.

El cómico , que además de la ocasion que le proporcionaba la vecindad de Teodosia , tuvo la de recogerle el pañuelo para trabar conversacion con ella , le ofrecia billetes de teatro , los cuales aceptó Julio con reconocimiento , sin pensar

en las consecuencias; en tanto que en ellas estaban pensando por él otro hombre... otro hombre, otro que, lejos del foco del baile y del círculo de los espectadores, observaba, sin ser visto, desde detras de unos arbustos, hasta el menor movimiento de Teodosia y de los tres enemigos mortales de esta celestial criatura. Viólos bailar, uno tras otro, con ella, y no tardó en comprender que el capitán había hecho una declaración en toda forma, y que el abogadete y el histrion habían dejado, el uno *adivinar*, y el otro *sospechar* su amor. También comprendió que todos ellos fueron bien acogidos, que todos ellos ocupaban por partes iguales el corazón de Teodosia, cuya vanidad halagaban tanto los homenajes del uno como los del otro, y que solo la ocasión podría determinar quien fuese el preferido... quien el primero en hacerle caer en el lazo, donde sucesivamente harían caer los otros dos.

Este observador era el hombre calvo, cuya mortal palidez no habían podido atenuar ni el color de aquel sitio, ni el ruido de los instrumentos, ni el resplandor de las luces.

Llegado el momento de retirarse, contestó Teodosia con tres imprudentísimas miradas á los capciosos saludos de sus tres adoradores.

No perdieron estos el tiempo durante la semana que siguió á aquel día.

Todos ellos encontraron pretextos mas ó menos plausibles para ir á visitar á Teodosia; en tanto que el hombre calvo, testigo de cuanto pasaba, se aplaudía en su corazón de que fuesen tres mas bien que uno solo, los que así atacaban la inesperienza de la linda jóven á quien adoraba él.

Al domingo siguiente hubo en la Tourelle, otro baile, al cual asistieron los tres contrincantes, y por supuesto el hombre calvo, quien observando á Teodosia desde el mismo si-

tió que el domingo anterior, sintió correr por su cuerpo un sudor frío, al verla tomar una carta de manos del capitán. Pálido y angustiado, apoyóse contra un árbol y se dijo: — Tiempo es ya de obrar... pero ¿cómo?

En tanto que fijo su pensamiento en esta idea y sus ojos en Teodosia, se iba acercando al sitio donde estaba ella sentada, ve detrás de ella un hombre bastante bien vestido aunque de mala catadura, que lanzando de tiempo en tiempo furtivas miradas sobre el cuello de la jóven, hacia señas casi imperceptibles á otro hombre que estaba en frente de él y al otro lado de Teodosia.

De repente empeña este una quimera con uno, según dice, que le ha dado un pisoton; agárranse de los pelos y abofeteáanse de firme; interrúmpese la contradanza; súbense los espectadores á las sillas; todo el mundo está ocupado del combate, escepto el hombre que estaba detrás de Teodosia, el cual en vez de ir al socorro del que parecía estar de acuerdo con él, se sale del baile y corre á ocultarse en el bosque.

Al día siguiente se veía por todas las esquinas un cartel que decía:

« En el baile de la Tourelle ó en el camino que desde este punto conduce á Saint Mandé, se ha perdido una cadena de oro con un retrato, adornado de brillantes. Se dará un buen hallazgo á la persona que entregue dichos objetos en la alameda de Saint Mandé, núm. 17. »

Una hora habría apenas que estaba fijado dicho cartel en un árbol de la alameda, cuando se presentó en su núm. 17 un hombre que traía el brazo izquierdo liado en un pañuelo. Estaba Teodosia leyendo en un pabellon del jardín, cuando llegó la criada á decirle que había allí un caballero que deseaba hablarla.

Teodosia mandó que le hicieran entrar en el jardín y se levantó para salirle al encuentro.

— El objeto de mi venida es, señora, traerle á V. esta cadena y este retrato que le pertenecen, dijo el caballero saludando profundamente á Teodosia, la cual, al verle, hizo un movimiento involuntario.

— Caballero, contestó ella, solo teniendo una idea de lo precioso que es para mí ese retrato, podría V. formársela cabal del agradecimiento de que le soy deudora. Es el retrato de una abuela mia que me quiere mucho y que no existe ya. Su delicadeza de V. dobla mi gratitud con ese aire de satisfacción que muestra de ver la mia.

— Oh! sí, señora, si la satisfacción que me causa el haber sido portador de ese retrato es tan grande, que acaso estaría muy lejos de merecer de parte de V. toda la gratitud que me manifiesta, si V. supiese los motivos...

— ¿Qué motivos puede V. tener?

— ¿Cuáles, señora, cuáles? dijo él mirándola con un aire de melancolía y de pasión. ¿Cuáles! El amor irresistible que V. me ha inspirado; la inexplicable delicia que me prometo de contemplarla de cerca, de oír su voz, de ver fijarse un momento sobre los míos esos ojos, cuyo brillo no es capaz de apagar la indiferencia; la esperanza, en fin, de una felicidad que tal vez me costará la vida, que aumentará el mal que me devora y que debe acabar conmigo.

— Suplico á V...

— ¡Oh, señora! No se indigne V., no se irrite contra el amor mas puro, que inflamó nunca pecho de hombre, á aquellos á quienes, pretendiendo amar, no desvela su amor; á aquellos que, pretendiendo padecer y consumirse, conservan la lozanía del rostro y toda la inocencia de la salud; á aquellos que, pretendiendo suspirar, pueden reír á todas ho-

ras, á esos impostores, señora, desprécieseles, aborrécealos en hora buena; pero un amor como el mio, un amor, que á los tormentos del dia, hace seguir los tormentos, mas horribles aun, de la noche; un amor que hace insensibles las potencias del alma á todo lo que no es el atractivo del objeto amado; un amor que hace temer al paciente la locura ó el crimen, cuyo principio es la fiebre y cuyo fin la tumba... á ese amor, señora, es digno, ya que no de respeto, al menos de compasion.

Y diciendo así, cayó falto de fuerzas sobre un poyo, enjugándose con un pañuelo que sacó del bolsillo el copioso sudor que por su frente corría.

Teodosia cogiendo este pañuelo,

— ¡Por Dios, por Dios! esplíqueme V. como está en su poder ese pañuelo... y este otro, añadió sacando uno de su bolsillo; este que se encontró cuando vinimos de Limoges en mi carretela.

— Pues bien, sí, señora; sí, yo soy.

— ¡V. ah! ¡V. es! ¿Qué puedo yo hacer para mostrar mi agradecimiento al que tan generosamente me salvó la vida?

— Por premio de todo mi amor, por premio de cuanto, impedido por él, he podido hacer en obsequio de V., no le pido mas que una sonrisa de compasion.

Teodosia, la insensible Teodosia le miró, y en sus labios brilló una tierna sonrisa.

— ¿Y esa herida del brazo? preguntó Teodosia, dejando escapar una lágrima.

— No es nada, señora; un pinchazo que me dió el ladron pero que no me impidió arrancarle el precioso retrato que he tenido la suerte de poder devolver á V.

Dicho esto se despidió el hombre calvo, no sin pedir y obtener de Teodosia el permiso de volver á visitarla, y exi-

giendo de ella que no revelase á su marido el incógnito que queria guardar. Ella, por su parte, exigió de él que no le volviese á hablar de amor.

No se descuidaban entre tanto el capitan, el cómico y el pasante, que, ansiosos de agarrar la presa, tendian cuantos lazos era posible tender para conseguirlo. Elegancia en el vestir, dulzura en el hablar, amables requiebros, flores, suspiros y obsesion sobre todo, que es el mas seguro medio de triunfar.

Presentóse á la mañana siguiente el hombre calvo en casa de Teodosia, cuya doncella le dijo que estaba en el jardin con su marido, varias señoras, y los tres amables competidores: fuése al jardin; buscó y halló. Julio le dió las gracias por el favor que habia hecho á su muger trayéndole la alhaja perdida. La conversacion, que se hizo general, versó sobre diferentes materias, en todas las cuales se mostró el hombre calvo muy superior á los demas. Cada una de sus frases encerraba una idea, un sentimiento, y... ¡qué elocuencia! Todos le escuchaban con indecible placer, especialmente las mugeres; cuya imaginacion deslumbraba con sus imágenes, y cuyo corazon conmovia con las encantadoras descripciones que hacia de la naturaleza, que tan riente y tan lozana se despierta siempre en la primavera.

Fácil fué de ver en el modo con que le volvieron el saludo que hizo al despedirse, que se inclinaban delante de un hombre de incontestable superioridad. Todos los ojos le siguieron hasta que hubo desaparecido, despues de lo cual volvió á caer la conversacion en el mar de las ideas triviales y de las frases comunes.

Cinco dias estuvo el hombre calvo sin presentarse en casa de Teodosia. Inquieta esta y temerosa de que se hubiese agravado su herida, mandó á su criada fuese con maña á

informarse de ello, así como de su nombre y de su estado. La señora, en cuya casa vivia el hombre calvo, respondió que este no tenia novedad en su salud, que ignoraba su estado y que su nombre era Edmundo Alto.

Mientras esto pasaba, estaba el capitán aguardando la contestación del billete que habia entregado á Teodosia, y el pasante y el cómico estendian el borrador del que se preparaban á entregarle. Fastidiada ella, sin saber de que, habia ya tomado la pluma para contestar al capitán, cuando anunciaron el hombre calvo. Teodosia metiéndose en el bolsillo la carta que estaba escribiendo, recibió con la mayor amabilidad al que entraba, y aun le reconvinó de que no venia á verla bastante á menudo. El hombre calvo alegó por excusa el precepto que se le habia impuesto de no hablar de amor, y aprovechó con este motivo la ocasión para hablar del que experimentaba. Teodosia, cuya imaginación arrasaban las irresistibles palabras que, cual un torrente, salian de la boca de aquel hombre, le miraba con delicioso temor, sin atreverse á interrumpirle, y parecia no tener mas fuerza que para hacer de cuando en cuando un movimiento, cuyo significado era: basta, basta; ¡yo soy en este momento quien implora compasión. No bien se marchó el hombre calvo, autorizado ya á volver siempre que quisiera, con condición de hablar de amor lo menos posible, hizo Teodosia pedazos la carta del capitán y la arrojó á un estanque que en medio del jardín habia.—Hé hecho mal, dijo, en tomar esta carta, y haria todavía peor en contestar á ella.

Triste, pensativa, impaciente por ver llegar la hora de una expedición á caballo, proyectada el día antes, salió Teodosia al jardín.

De todos los convidados, el cómico fué el mas puntual á la cita.

¡Qué linda criatura! Un cuerpo de muger, un cutis de muger, un pié de muger; con el talle apretado en un corsé y el pescuezo en un cepo llamado corbata; apestando á almizcle, muy peinado, estirado y acicalado... una mariposa, una flor, un céfiro, bonito como todo lo que Vds. quieran... menos como un hombre: este era el cómico.

Acercóse á Teodosia y, saludándola con una gracia adorable y una sonrisa superfina, le presentó una cajita de dulces, rogándole tomase uno. Tomólo Teodosia, y al desliarlo encontró dentro de él un billetito escrito en papel de canto dorado.

— No soy amiga de dulces, dijo al verlo; á los peces de este estanque sí que les gustan mucho.

Y diciendo esto, arrojó en el estanque la pastilla y el papel.



LA CITA.

Estupefacto el cómico, olvidó todo su repertorio y se retiró, diciendo que se iba á levantar la tapa de los sesos.

Reemplazóle cinco minutos despues el pasante, el cual, un poco menos resuelto, algo menos corrido y bastante más turbado que el histrion, presentó á Teodosia un ramo de flores, entre las cuales se descubria un billetito escrito de mano maestra en materias de amor. Teodosia dejó caer el ramo en el estanque, exclamando.

— ¡Válgame Dios, qué torpeza!

Confundido de tal contratiempo el pasante, que solo sabia improvisar con la cabeza muy fresca y á fuerza de horas, buscó en vano medio de reparar la torpeza de Teodosia, la cual, para consolarle y al mismo tiempo, reirse de él, le dijo:

— Así como así, es fácil reemplazar ese ramo por otro; hágame V. uno con flores de ese jarron.

Suspiró el pasante y puso manos á la obra.

No tardaron en llegar los que debian componer la cabalgada; y despues de haber aguardado en vano el cuarto de hora de favor, partieron sintiendo que no fuese de los suyos el hombre calvo, segun lo habia ofrecido

Teodosia estaba encantadora en su trage de amazona: una linda gorra de terciopelo negro, adornada con una pluma flotante, daba nueva *espresion* á las diversas *espresiones* de su fisonomía. Un corpiño de raso blanco dibujaba su lindo talle, y una falda de seda negra flotaba al nivel de la cola de su caballo.

La juvenil cabalgada no bien se vió en el bosque, empezó á galopar; todo fué riza, todo broma, todo voces y sustos deliciosos, todo chistosas locuras, hasta que levantándose de manos uno de los caballos, dió en tierra con su amazona. Espantóse el de Teodosia, y arranca á correr; ella por amor propio no quiere llamar á nadie; ocupados, por otra parte, todos los demas caballeros en socorro de la señora caida, ninguno vé partir á Teodosia, la cual, viendo que no puede hacerse dueña de su caballo, acaba por soltarle las riendas, dejando á la fatiga el cuidado de detenerlo. En su fuga iba el caballo á meterse en un bosquecillo que hay cerca del camino de Saint Maur, cuyos árboles están tan juntos, que no era posible entrar en él de aquel modo sin correr los mayores riesgos, cuando un hombre, saliendo del bosque, se abalanza al caballo, le coge las riendas, y aunque atropellado por él, consigue detenerle. Apéase inmediatamente Teodosia, y acercándose al hombre que sin sentido estaba tendido en el suelo, reconoce al hombre calvo.

— ¡Edmundo, Dios mio! ¡pobre Edmundo! ¡Y yo soy la causa...! ¡Qué frente, oh Dios! ¡Qué palidez tan interesante! La imprudente Teodosia sentia palpitar su corazon. ¡Y qué amor! ¡Amor cuya existencia jamás llegué yo á sospechar...!

En esto, gracias á un pomito de sales que le hizo Teodosia oler, volvió en sí el hombre calvo.

Sin manifestar la menor sorpresa de lo que acababa de

pasar, disponíase el hombre calvo á despedirse de Teodora, cuando le preguntó esta porque no habia sido de la partida.

— Porque he resuelto, contestó él, evitar su presencia de usted.

— ¡Evitar mi presencia! ¿Y por qué causa?

— Creo que su corazón de V. es demasiado sensible para poderme ver sin dolor, padecer y morir por él.

— Vamos; entre V. por Dios en razón.

— ¡En razón! dijo con espantosa sonrisa; ¡Sabe V. lo que es la razón! Un consejo dado por la indiferencia á una alma perdida de amor. ¡Qué mande la razón al pecho que dé tantos latidos por minuto, y verá si es obedecida! Que mande á la muerte respetar una existencia que no es mas que una espantosa agonía; que diga á mis ojos que se cierren cuando está V. ahí, cuando contemplan el cuadro mas encantador que podria presentarse á su vista; que diga á mi memoria «*olvida*,» cuando en mi memoria no cabe otro recuerdo que el de V... locura, señora, todo locura; locura esa indiferencia y esa frialdad. Vaya V., señora, vaya, si quiere, á solazar sobre una cara fresca y colorada esos ojos fatigados ya de mi presencia; vaya V. á hacer á sus oidos olvidar mis necias palabras y mi apasionado acento al lado de alguna insulsa cotorra, de algun escribientillo de mala muerte ó de algun atolondrado capitanzuelo. ¡Oh, sí! Charreteras, corbatas, rizos, perfumes, petulancia, insolencia, y sandeces premeditadas, valen mas que este pobre cuerpo y este pobre corazón, macerados de desesperacion y de amor.

— ¡Oh, no! no lo crea V. exclamó ella acercándose al hombre calvo; no crea V. que haya ninguno de ellos tocado mi corazón. Conozco la diferencia...

— Oigame V., dijo él cogiéndola de un brazo; y ya la fas-

cinacion de su mirada iba á continuar la obra de la fascinacion de su palabra, cuando se dejó oír detras de ellos un ruido entre las ramas.

—Mañana á la una estaré sola, dijo vivamente Teodosia; venga V. á casa y hablaremos. ¡Dios mío, cuánto me cuesta el ver padecer á V.! Mañana, pues. Ahora, trate V. de alejarse, pues el ruido aumenta y quizá sea mi marido.

El hombre calvo desapareció. Teodosia volvió la cabeza hácia el lado de donde venia el ruido, y descubrió entre las ramas un hombre que se alejaba de ella corriendo. Montó á caballo y fué á reunirse con los demas de la cabalgada, que inquietos como lo estaban, no atribuyeron á otra cosa que al susto la emocion evidente de su fisonomía. Al volver, notó Teodosia menos solicitud en los homenajes de los tres rivales, y hasta advirtió que separándose de cuando en cuando del grueso de la cabalgada, entablaban conversaciones, cuyo asunto parecia interesarles vivamente.

—No me queda duda, decia el pasante; los he visto, los he oído.

—Observémoste, dijo el histrion, y si ninguno de los tres logra desbancarle, tratemos al menos de frustrar todos los planes que le haga inventar su amor.

—Convenido.

A las seis de la mañana del dia 13 de setiembre de aquel mismo año, escribia el hombre calvo á un amigo suyo una larga carta que podia resumirse en estas palabras.

«Tres seductores distintos se disputaban su conquista; hoy son para ella como si no existieran... como su marido. Soy amado, amado con pasion... ¿y qué?»

Aquel mismo dia y despues de echada esta carta al correo, escribió Teodosia la siguiente, que puso en un parage convenido.

« No puedo ver por mas tiempo con indiferencia cual pa-
 » deces y te consumes de amor. Comparados contigo, ¿ qué
 » son para mí todos los hombres del mundo? Tú eres dueño
 » absoluto de todas las potencias de mi alma; vén, vén á
 » verme, vén á ser feliz, si es que cifras tu felicidad en ver-
 » te entré mis brazos. Esta noche á las doce... por la puerta
 » del jardin, que dejaré abierta.»

Aquel mismo dia, una hora despues de puesto este bille-
 te en el sitio convenido, escribia el capitan al cómico en es-
 tos términos:

« Por fin he descubierto el misterio. Hay cita esta noche.
 » Encuéntrase V. á las doce en el jardin, sorpréndalos antes
 » del cumplimiento de su amoroso designio, amenácelos V.
 » con descubrirlo todo, si no se marcha inmediatamente el
 » calvo de París. Obligado por el servicio á dormir esta no-
 » che en el castillo, cedo á V., no sin sentimiento, el papel
 » de vengador.»

El mismo dia dirigió el cómico el billete del capitan al
 pasante con una posdata concebida así:

« Esta noche hay funcion en palacio; trabajo en dos co-
 » medias y estaré, por consiguiente, demasiado ocupado
 » para encargarme del papel que se me dá en esta. Encár-
 » guese V. de él; de ello depende el honor de tres hombres
 » amables indignamente desbancados.»

Aquel mismo dia contestó el hombre calvo al billete de
 Teodosia.

« Sí; á las doce estaré en su casa de V.»

El pasante, que á la misma hora tenia cita con una bai-
 larina, aguardó á Julio en su gabinete hasta las once y me-
 dia de la noche, y al verle entrar, le dijo:

— Aquí me tiene V. aguardándole con impaciencia.

— ¿ Pues qué? ¿ qué hay? replicó Julio.

— Que su señora de V. está en este momento esperando al hombre calvo, á quien tiene dada cita en Saint Mandé á las doce de la noche.

— ¿Y con qué objeto? preguntó Julio.

— Sin duda con el de consolarse de la ausencia de su señor esposo; pero, por Dios, no me descubra V., añadió; esta es toda la recompensa que por semejante favor le pido.

Y diciendo esto, desapareció.

A estas palabras, bajó Julio desde las nubes á un sillón, donde cayó desmayado.

Las doce menos cuarto daban cuando salia de su casa el hombre calvo, que cinco minutos despues estaba en el cuarto de Teodosia,

Reclinada esta en un sofá, hizo ademan de levantarse para hablarle, mas en vano; pues le faltaron ó un tiempo las fuerzas y la voz.

La palidez de la muerte habia sustituido desde algun tiempo á las rosas de sus megillas, y la melancolía mas profunda á la alegría de su corazón. El amor, penetrando hasta lo mas íntimo de él, lo corroía y marchitaba, como un gusano que se introduce en las entrañas de una flor. Pero lo particular es que en este estado estaba cien veces mas hermosa. Sus ojos, agrandados por la disminucion de su rostro, tenian no sé qué espresion errante que encantaba; su languidez, en fin, unida á la palidez del resto de su fisonomía, la hacía parecer divina.

Levantándose de allí á poco, pasóse la mano por la frente como para alejar de ella el rastro de su última idea, y adelantándose hácia el hombre calvo, acompañó estas palabras de una sonrisa llena de ternura y de piedad.

— Bien ves que he cumplido mi palabra; vén, añadió llorando y mirando al hombre calvo, como para convencerse

de que tanto amor merecia un sacrificio completo.

El hombre calvo se volvió para enjugarse una lágrima, se reconcentró un instante en sí mismo y abrió la ventana, en tanto que Teodosia, acercándose al sofá, le hacia señas para que viniese á sentarse al lado de ella.

— Si; te amo, le dijo con un acento lleno de frenética pasión; te amo, y aquí me tienes. ... soy tuya.... dispon de mí....

— Pues yo, dijo el hombre calvo, te desprecio.

Teodosia cerró un momento los ojos y los volvió á abrir, mirando primero al rededor de ella y clavándolos en seguida con los del hombre calvo, que prosiguió:

— Sí; te desprecio, porque la honra de una muger vale á mis ojos mas que todos los amores del mundo; te desprecio, sí, porque ultrajas con un perjurio á Dios y á los hombres, ante quienes juraste fidelidad á tu esposo; te desprecio, porque todo hombre, y su seductor el primero, desprecia á la muger adúltera; te despreció, porque en la adúltera el alma está loca y el corazon corrompido; te desprecio, porque eres un desórden de la sociedad, una violacion de la justicia, un elemento de infamia, una mala criatura, que infrinjé las reglas establecidas por Dios para su gloria y para la felicidad de los hombres. De mí dependeria poseer ese cuerpo que me ofrecés abrasado de impuros deseos; otros, en mi lugar, aprovecharian la ocasion, mas su conducta, sino sus palabras, te probarian despues el desprecio que inspirabas.

— ; Dios mio! exclamó Teodosia estremecida; ¿ con qué no es verdad que me ama?

— Te desprecio, prosiguió el hombre calvo, porque esa belleza, hija del acaso, es una belleza perecedera, sin mérito ni galardón; la belleza moral, que dá la consideracion

y la observancia de lo bueno y de lo justo, es la que es eterna, la que atrae á sí los homenajes de los hombres y la mirada del Señor. Te desprecio, como te despreciarían cuantos hubiesen tenido la esperanza de tu infamia; te desprecio y me alejo.

El hombre calvo salió, y atravesó el jardín pisoteando las flores, tropezando con los árboles, derribando los arbustos, como un loco impelido por un vertigo, ó como un criminal oprimido por el remordimiento. En tal estado entró en su casa. Allí lloró copiosa y amargamente, y estas lágrimas sin duda preservaron su vida.

Al dar las doce y media entró Julio en el cuarto de Teodosia, á quien encontró tendida en el suelo, blanca, sin movimiento, como una estatua de mármol. Lleno de agitación, dejó caer al suelo una pistola que en la mano traía, y tirando la campanilla, hizo que le suministrasen todos los auxilios que requería su estado, y gracias á los cuales, no tardó en volver en sí.

— Todo lo sé, dijo entonces Julio en voz baja á su muger. Todo lo sé; pero he llegado tarde.

— ¡Ah! respondió Teodosia; mi cuerpo está puro si mi alma no lo está. Mañana lo sabrás todo si es que vivo aun.

Dicho esto, recogió Julio la pistola, encargó á la criada que no se separase un instante del lado de Teodosia, y salió.

De vuelta á su casa, habíase puesto el hombre calvo á escribir una carta, que estaba firmando, cuando de repente vió abrirse la puerta de su cuarto.

— ¿Quién es? exclamó.

— Yo, le dijo Julio; yo que, á haber llegado algunos momentos antes, habria encontrado á V. en mi casa, en la habitacion de mi muger.

Ignoro quien V. es, prosiguió con aterradora sangre fria;

sé que V. es el mismo á quien busca mi venganza , y le doy un cuarto de hora de término para hacer las disposiciones de un hombre que va á morir.

El hombre calvo se arrodilló en un rincon del cuarto , y se puso en oracion.

Acercándose entonces Julio al sitio donde estaba sentado el hombre calvo , vé por casualidad el nombre de Teodosia escrito en una carta. Cógela , esperando encontrar en ella toda la estension de su desgracia ; pero el hombre calvo quiso arrancársela de las manos.

— Diez minutos nada mas quedan á V. , dijo Julio , y ni aun esos le quedan , como diga una palabra ó dé un paso mas.

El hombre calvo se volvió á hincar de rodillas en su rincon.

« Hé cumplido mi mision , hermano mio ; y si el Señor » no me llama esta noche á él , si mi razon puede triunfar » de las violentas emociones de mi alma , mañana saldré de » aquí para irme á reunir contigo.

» A las doce de la noche hallábamonos ella y yo solos en » su cuarto ; yo triste : Teodosia tan bella , que por un abra- » zo suyo , era cosa de renunciar al trono del mismo Dios. » Pues bien ; en tales momentos le he dicho que la despre- » ciaba , que la despreciaba , sí. Bien veia yo que mis pala- » bras le despedazaban el corazon ; y eso no obstante , he con- » tinuado en mi designio de salvar su alma á trueque de ma- » tar su cuerpo. Le he dicho que no queria este cuerpo de » que era yo dueño , manchado como lo estaba por un alma » impura. Le he dicho que la muger adultera es muger per- » dida en la opinion de todos los hombres , y principalmente » en la de su cómplice. He cubierto su alma de lodo con el

» objeto de salvarla. Que viva, y no temo ya por ella los ar-
 » tificios de la seduccion; que viva ahora para hacer la feli-
 » cidad de su marido y ser el modelo de su sexo.

» Adios; he conservado al cielo el mas hermoso de sus
 » ángeles.

» Tu hermano, Jorge C.»

A la lectura de esta carta siguió una larga esplicacion en-
 tre Julio y Jorge, que un momento despues estaban recipro-
 ca y estrechamente abrazados.

— Un favor tengo que pedir á V., dijo Jorge á Julio que
 se disponia á marcharse; un favor, y es que jamás revele
 V. á Teodosia mi nombre, mi estado ni mi estragemas; pues
 importa mucho que viva en su error.

Diez años despues, el 15 de setiembre de 18... se moria
 en una de las mas hermosas casas de Marsella una muger,
 jóven aun, pero acabada por largos padecimientos, la cual
 quiso que se llamase para asistirle en sus últimos momen-
 tos á un célebre misionero que se habia detenido algunos
 dias para predicar en aquella ciudad. El marido de esta
 muger se hallaba ausente. Dos hermosísimos niños miraban
 llorando á su pobre madre. Todos se retiraron á la llegada
 del hombre de Dios.

En la alcoba reinaba una oscuridad casi completa; el re-
 ligioso se acercó á la cama de la moribunda.

— Padre, dijo esta, un solo pecado grave he cometido en
 mi vida; uno solo, pero tan grande, que ni la absolucion
 que de él he recibido ya, me tranquiliza sobre la misericor-
 dia de Dios.

Y dicho esto, le contó la aventura de la noche del 15 de setiembre de 18... en Saint-Mandé.

El misionero abrió las ventanas, volvió á la alcoba, descorrió las cortinas, y dijo á la moribunda:

— Cuente V., hermana, con la misericordia divina, y mireme V.

La pobre muger le miró largo rato; dos gruesas lágrimas corrieron por sus flacas y descoloridas mejillas; cogiendo luego la mano al misionero, le volvió á dirigir una mirada llena de confianza, y espiró diciendo con decaída voz:

— ¡ El hombre calvo... !

FIN.





M.C.D. 2022